

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Laura Benítez, José Antonio Robles y Carmen Silva, *El problema de Molyneux*, IIF-Fontamara, México, 1996.

Es una suerte comentar un libro que fue un gozo leer. Se trata de una antología que reúne textos clásicos —y un buen comentario contemporáneo— sobre un viejo problema que, no obstante, no parece haber sido resuelto de una buena vez. Lo único discutible que encuentro en la antología —además de las casi ineludibles erratas— es que el primer texto, que recoge la teoría de la visión de Descartes y que por sí mismo resulta interesante, está aislado del resto de los textos. Quizá hubiera sido mejor precisar más en qué sentido la teoría de la visión cartesiana conforma el telón de fondo de la discusión —como advierte Robles en el prólogo. De cualquier manera, esto no empaña el valor del volumen.

El problema de Molyneux es particularmente atractivo porque puede formularse con sencillez y claridad, exigir un sí o un no como respuesta y, no obstante, abrir honduras filosóficas. La cuestión —la menciono una vez más— es saber si un ciego de nacimiento, que adquiere la vista, podría reconocer las cosas que antes ha tocado, pero ahora sin tocarlas, sólo viéndolas.

Si la respuesta es afirmativa, entonces habrá que justificar por qué puede hacerlo, y ello implica postular algo dife-

rente de las impresiones que justifique su correspondencia. Visto el problema así, el tacto y la vista serían dos lenguajes, dos formas en las que se presenta un mismo objeto. Conocer el objeto a través de una de ellas nos permite captar algo primario, definitorio o esencial, que se hará manifiesto en la otra forma de presentación. De aquí que quienes responden que sí, suelen insistir en la distinción entre ideas e impresiones, o entre representaciones y objetos.

Por el contrario, quienes elijan el no como respuesta, tendrán en su favor la aparente inconmensurabilidad de las impresiones. Como subraya Mérian en su primer texto, lo natural parecería ser que el ciego que adquiere la vista piense que se trata de dos tipos muy distintos de impresiones que no tienen por qué compararse o representar lo mismo. El ciego que está en esta situación —dice Mérian— no se plantearía el problema de Molyneux, como no se ha planteado antes la necesidad de hacer corresponder los olores que percibe con los sonidos que escucha. ¿Por qué habría de pensar que lo que ve corresponde a lo que toca?, ¿acaso los sonidos huelen o las texturas suenan? Sólo si nosotros se lo decimos previamente, sólo si nos cree —como un acto de fe, insiste Mérian— que detrás de las sensaciones hay objetos, sólo entonces buscará “traducir” unas sensaciones a otras. ¿Pero qué o quién nos garantiza que hay tales objetos? Mérian —peculiar

seguidor de Berkeley— parece a veces sugerir que el ciego, en realidad, está liberándose de un prejuicio.

Otro argumento en favor del *no* es un famoso experimento, la primera operación exitosa de cataratas realizada por Chesselden en 1729, y que pareció dar la razón definitivamente a los empiristas: después de la cirugía —cuyos resultados se juzgaron desde los ojos del Molyneux ya ausente— el paciente sentía que unas manchas le herían el ojo fértil, pero no distinguía formas ni distancias, y tardó muchas semanas en reconocer visualmente las cosas y a las personas que lo rodeaban, y con las que estaba familiarizado desde niño.

Pero no quiero repasar aquí las distintas maneras de decir sí o no al problema de Molyneux. Eso lo hace la propia antología y lo recoge muy bien —tanto sintética como críticamente— Carmen Silva en su Introducción. Lo que quisiera es esbozar brevemente una respuesta que podría darse a partir de Kant. [Una comentarista contemporánea, Patricia Kitcher, afirma que en los tiempos de Kant el problema “flotaba por los aires de la época” y sostiene que, a pesar de no hacer referencia explícita a Molyneux, Kant sí se lo planteó y ofreció una respuesta en su *Estética trascendental*. Pero en otro lugar —“El espacio kantiano: interpretaciones”, en *Diánoia*, 1994— he expuesto y discutido esta interpretación con detalle, por lo que me permito no hacer alusión a ella aquí.]

Me parece que la respuesta de Kant sería un *sí* con bemoles, algo así como: “el ciego reconocería, pero no inmediatamente”. Quien comienza a ver tendrá que reflexionar para hacer corresponder unas intuiciones con otras. Kant hubiera hecho, me parece, una distinción similar a la que hace De La Mettrie “ver”

y “mirar”. El ciego *ve* cuando recupera la vista pero todavía no sabe *mirar*. Esto tiene que aprenderlo por medio de la experiencia. La diferencia sería, quizá, que Kant hubiera insistido en que lo fundamental en dicho aprendizaje no es la repetición —la creación de hábitos— sino la sistematización, la integración orgánica de las representaciones. El ciego aprende a mirar porque relaciona unas intuiciones con otras en virtud de que dichas intuiciones son representaciones de objetos. El objeto es, así, no sólo un conjunto de representaciones puestas juntas en virtud de una reiterada asociación empírica, sino también una unidad que mantiene unida dichas representaciones. Cuando al ciego se le abre una nueva fuente de sensación, se ve obligado a integrar estas nuevas sensaciones en su experiencia, a relacionarlas con sus representaciones previas. Los conceptos forjados por su experiencia pasada le permitirían al ciego de Molyneux anclar sus nuevas impresiones, enlazándolas con las anteriores y reforzando de esta manera la unidad de su experiencia, que en un inicio, cuando comenzó a ver, parecía amenazada. La experiencia es un todo y no se trata de hacer corresponder cada representación visual con una táctil, sino más bien de alcanzar una perspectiva global; es ésta la que podría permitirle al ciego, después de unas semanas de ejercitar sus ojos, comenzar a reconocer los objetos sin tocarlos.

El mundo del ciego ha ganado en solidez y consistencia, se ha enriquecido con una nueva manera de ver *lo mismo*. Usando una analogía que no pretende sino ser una analogía, podríamos decir, para terminar, que el ciego de Molyneux está en una situación diametralmente opuesta a la de Roxane, el personaje del *Cyrano de Bergerac* de Rostand,

cuando se entera de que los poemas que la han enamorado no han surgido del cuerpo amado. Christian sigue siendo un hermoso cadete, pero las palabras oídas provienen de otro: de un primo narigón y bravucón cuya piel ni conoce ni le apetece. El ciego de la operación de Chesselden —nos cuentan los testimonios que recoge la antología que comentamos— se sorprende de que las personas que

más ama no sean las más hermosas, pero su desilusión se pagó con creces. A la pobre Roxane, en cambio, se le resquebraja el objeto de su amor, y ya no lo reconocerá ni en las palabras que escuche, ni en la piel que acaricie. Roxane —a diferencia del ciego de Molyneux— se ha quedado con una realidad empobrecida.

ISABEL CABRERA

Jorge J.E., *Gracia, A Theory of Textuality. The Logic and Epistemology*, State University de New York Press, Albany, 1995, 309 p.

La idea de estudiar la textualidad desde las dos tradiciones más poderosas en nuestra filosofía occidental —la filosofía analítica y la hermenéutica europea— es realmente un asunto incitante, sugerente y digno de admiración, pero a la vez una ardua y delicada tarea puesto que son dos tradiciones que se han venido enfrentando hasta el momento como irreconciliables. Para llevarla a cabo se requiere el conocimiento de una gran cantidad de datos de muy variada y compleja naturaleza, una reflexión rigurosa que acierte a evitar los falsos antagonismos a la vez que sepa advertir las obvias concordancias puramente aparentes para ir al fondo de la cuestión. El libro *Una teoría de la textualidad*<sup>1</sup> del profesor Jorge Gracia cumple con creces todas estas características, y a mi modo de ver, es el más fecundo, penetrante y sistemático esfuerzo hasta ahora cumplido en la intrincada tarea de esa confrontación entre filosofía analítica y hermenéutica europea acerca de la textualidad. El libro es también una inteligente crítica contra los excesos interpretativos posmodernis-

tas, así como una crítica a algunas teorías del significado en la filosofía analítica por su falta de alcance filosófico. Ni exceso ni defecto sino un equilibrio bien justificado y argumentado.

Una de las ideas directrices de este libro es que una de las causas de la mucha confusión acerca de la textualidad proviene de la inadecuada distinción entre su consideración lógica, epistemológica y metafísica. Ésta es la razón de la división tripartita de esta obra, de la cual este libro abarca sólo las dos primeras —lógica y epistemología de la textualidad—, dejando para un próximo libro la metafísica de la textualidad. De los seis capítulos en que se compone el libro, la primera parte —lógica de la textualidad— recoge los tres primeros: intensión, extensión y taxonomía de los textos; mientras que la segunda parte —epistemología de la textualidad— recoge los tres subsiguientes: comprensión, interpretación y discernibilidad de los textos.

En la primera parte, capítulo 1, al tratar de la intensión de un texto, el autor busca dar una definición del texto en los siguientes términos:

Un texto es un grupo de entidades, utilizadas como signos, que son seleccionadas, ordenadas por un autor en un determi-